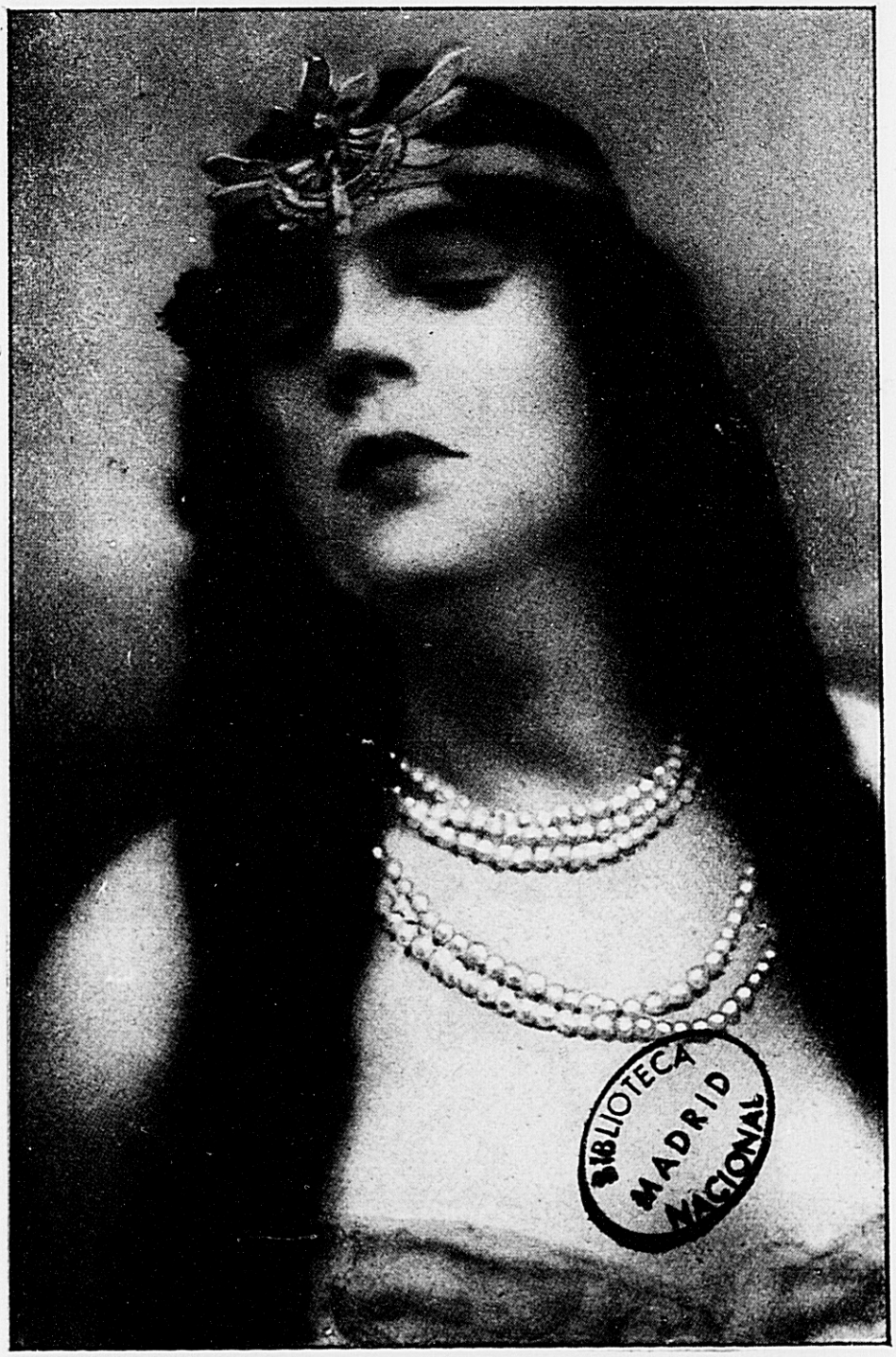
P. PICA Y PECA

1

LA INSACI

230822



COLECCIÓN INOCENTE

20 CTS.

1
230822

47/1434828

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

LA INSACIABLE

I

LA BELLA LOLA

El hermoso muelle de la Habana estaba atestado de gente, que había ido a presenciar la salida del magnífico trasatlántico «Kromprinzessin Cecilia», de la compañía alemana Lloyd Bremen, el cual hacía el viaje a Europa en cinco días y medio.

El «Kromprinzessin Cecilia» es uno de los vapores mejores del mundo. El lujo y las comodidades que hay a bordo son tan grandes, que pueden satisfacer las mayores exigencias de un nabab... Allí hay de todo: paseos, salones de lectura, biblioteca, cuartos de baño... Es más alto que la estatua de la Libertad de Nueva York y que la columna de la Victoria de Berlín.

Como ya hemos dicho, aquel día el muelle estaba concurridísimo. Los vaporcitos de las colonias gallega y asturiana rodeaban el gigantesco navío, pues, como es costumbre en aquel puerto encantador, acudían a despedir a sus numerosos amigos y paisanos que se embarcaban para Europa.

Sobre cubierta atropellábase un abigarrado gentío. Las mujeres, conmovidas aún por el dolor de una cruel despedida, llevábanse los pañuelos a los ojos y los hombres, precedidos por

R-3189547

los camareros de abordo, que iban cargados con sus maletas y efectos de viaje, buscaban, apresuradamente, sus camarotes.

Sonó la hora de la partida, y todos los que habían acudido a despedir a sus familias y amigos, tuvieron que abandonar precipitadamente el vapor. Redobláronse los apretones de mano, los besos, los abrazos, los adioses cariñosos, las lágrimas mal reprimidas. Por todas partes no se oían más que frases como las siguientes :

—¡ Buen viaje !
—¡ Buena suerte !
—¡ Felicidades !
—¡ Cúidate mucho !
—¡ No dejes de escribir !

Y los empleados de abordo iban de una parte a otra de la cubierta, suplicando cortésmente a los intrusos que abandonaran el buque, pues iban a salir inmediatamente.

Y sonó el cañonazo, que repercutió en el puerto, con estampido marcial y clamoroso. El capitán, sobre el puente, al lado del práctico, dirigía las maniobras. De pronto oyóse la trepidación acompasada y rítmica del gigantesco trasatlántico, que se asemejaba a la jadeante respiración de una enorme ballena, y ante el numerosísimo pasaje que se agolpaba junto a las barandillas, empezó a desfilar por ambos lados, de la especie de canal que forma el puerto, el riente y bello paisaje de la Habana, uno de los más hermosos que hay en el mundo.

Los vaporcitos de las colonias gallega y asturiana acompañaron al soberbio vapor hasta más allá de la salida del puerto, agitando sus tripulantes los pañuelos y lanzando adioses estruendosos.

Pronto perdiéronse de vista el *Morro* y la *Cabaña* ; y como que el «Kromprinzessin Cecilia» marchaba con vertiginosa velocidad, no pasaron muchos minutos sin que se esfumase del todo en el horizonte la línea ondulante y caprichosa de la bella costa de Cuba.

El buque no flotó entonces más que entre dos inmensidades : la del cielo y la del mar. Si en el puerto parecía un enorme gigante marino, allí, comparado con ambas, frente a aquellos dos infinitos, parecía una frágil y endeble cáscara de nuez.

De pronto, todos los hombres que había sobre cubierta, volviéronse a contemplar a una mujer, casi una niña que la atravesaba, sin poder apartar los ojos de su femenina y gentil silueta. Por dondequiera que pasaba aquella mujer, iba dejando una estela luminosa y ardiente de tentación y de voluptuosidad. Y ella parecía sentirse orgullosa al percibir en torno suyo aquel ardoroso homenaje masculino que halagaba deliciosamente sus sentidos de hembra sensual y caprichosa...

Era una mujer de unos diez y ocho años, bellísima, de blanca tez y rasgados ojos negros y de cuyo ser todo desprendíase tal aroma de feminidad, que a su paso despertaba siempre tempestades de pasiones y llamaradas de deseos.

Esta gentilísima y seductora mujercita llamábase Lola y hacía un año que estaba casada con don Tomás Gutiérrez, uno de los más opulentos banqueros de la Habana. Lola quedóse huérfana a los quince años, y recomendada por

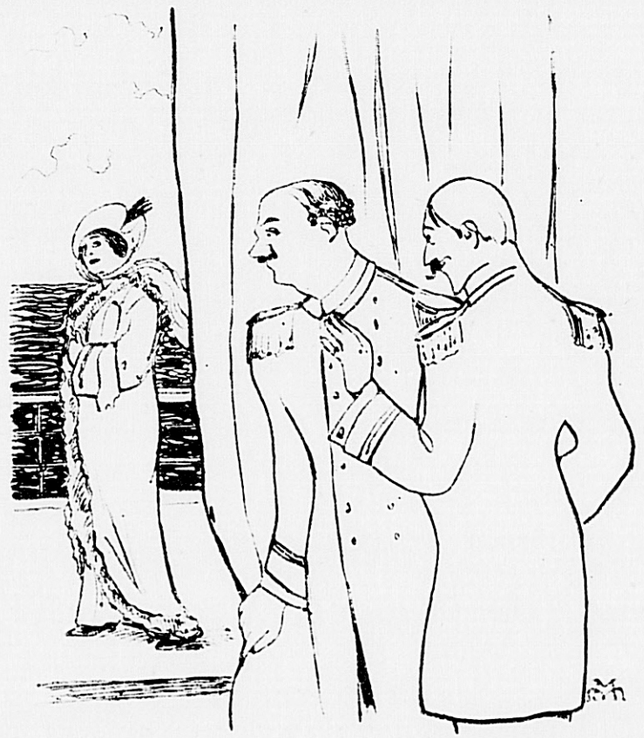
su padre al morir a su íntimo amigo y socio don Tomás Gutiérrez, éste, que era hombre de un gran corazón, no encontró mejor medio de proteger a la bellísima huérfana que el de casarse con ella, a pesar de la gran diferencia de edad que los separaba, pues Lola tenía diez y siete años y don Tomás cincuenta.

La joven esposa se consideraba sumamente feliz, pues su marido no era para ella un déspota ni un tirano, como suelen serlo la mayoría de los hombres ya entrados en años que se casan con mujeres mucho más jóvenes, sino un padre tierno y cariñoso, dispuesto siempre a satisfacer sus más extravagantes caprichos.

Sin embargo, en medio de su felicidad, Lola sentía la nostalgia de sensaciones desconocidas, y siempre andaba en busca de algo nuevo ; esto hizo que se le antojase conocer París, deseo que inmediatamente se dispuso a satisfacer su cariñoso marido.

El día en que nosotros la conocemos, Lola estaba verdaderamente irresistible, con su elegante y sencillo traje a la inglesa de franela blanca, cubierto por un amplio abrigo de seda gris y tocada la graciosa y juvenil cabeza con un gorrito de paja verde encasquetado hasta la nuca y envuelto en una gasa del mismo color, que flotaba graciosamente sobre sus espaldas.

Al recorrer con pasmosa ligereza la cubierta para reunirse con su marido, el cual había ido a tomar posesión de los dos camarotes de lujo que hiciera reservar para él y su mujer, y que estaban situados en el primer piso, el uno al lado del otro, las miradas de Lola tropezáronse con las de los oficiales de abordo, que se hallaban a la entrada de la cámara, para recibir a los pasajeros. Eran unos hombres muy altos, muy blancos y muy rubios. Lola no los había visto así hasta entonces y los halló hermosos y deseables ; a ellos tampoco les pareció costal de paja la linda cubanita, y siguieron embelesados, con los ojos, su marcha ondulante y gra-



A ellos tampoco les pareció costal de paja la linda cubanita.

ciosa hasta que la perdieron de vista al dirigirse ella al departamento que le estaba reservado, el cual componíase de tres piezas, así como el de su marido : dormitorio, saloncito y cuarto de baño ; todo ello alhajado con el más primoroso y delicado gusto.

Lola recorrió sus flotantes habitaciones con

viva e infantil curiosidad, palmoteando alegremente al verlas tan lindas, y después de examinar también las de su marido, ambos esposos se separaron para irse a vestir, pues se acercaba la hora de la comida.

II

MIRADAS MUTUAS

A las siete sonó la primera campanada que congregaba al pasaje en el comedor.

Minutos después de haber sonado el tercer aviso, Lola entró en aquél, que ya estaba de bote en bote y presentaba un magnífico y brillante aspecto, del brazo de su marido, soberbia y deslumbradora, vistiendo un elegantísimo traje de crespón blanco, cuya falda, abierta por delante, dejaba admirar su divino y menudo pie de americana y el fino arranque de su bien torneada pierna.

Don Tomás, que era esbelto y de aventajada estatura, vestía, con suprema distinción, traje de smoking.

Al entrar Lola en el vasto y suntuoso comedor, un murmullo de admiración elevóse en torno suyo. Las mujeres clavaron en ella los impertinentes para verla mejor, y los hombres, al través de sus monóculos, dirigiéronla miradas ardientes y codiciosas que acariciaban su piel con cosquilleo delicioso.

Ella, bajo el fuego de todas aquellas miradas, con su marcha lánguida y cadenciosa, fué a sentarse en unión de su marido a la lujosa mesita que les señaló un camarero y que estaba puesta con un gusto exquisito e iluminada por una bella lámpara portátil y eléctrica, cuya vi-

va luz era atenuada por una pantalla de color de rosa.

Y comenzó la comida, amenizada con deliciosos valses vieneses, que tocaba la orquesta de abordo, desde la alta galería que rodeaba el comedor. El cuadro no podía tener colores más vivos y brillantes. Todo respiraba en la magnífica sala lujo, hermosura, riqueza y esplendor. La luz fluía a torrentes de los numerosos globos eléctricos, pendientes del artesonado techo, haciendo destellar más vivamente el fino cristal de las copas y las joyas que lucían las damas.

Una alegría espiritual y de buen gusto reinaba en el selecto concurso. Risas discretas y frases ingeniosas animaban la conversación; los ojos de las mujeres brillaban como ascuas y sus dientes fulgían como perlas. Y los camareros, irreprochablemente vestidos de frac, graves y correctos, servían las mesas con británica circunspección.

Mediada ya la comida, y cuando empezaron a oirse los primeros taponazos del champagne, aumentaron en el comedor la animación y el bullicio. La alegría se hizo menos discreta y ceremoniosa, menos reservadas las damas y algo más audaces los caballeros.

Lola estaba más encantadora que nunca. Sus mejillas parecían dos rosas; sus ojos, tan bellos y luminosos, que fulguraban como los cocuyos de su tierra en la esplendorosa claridad de las noches americanas, despedían llamas de fuego. La tibia atmósfera de la sala, el néctar delicioso del champagne, la proximidad de tan-

tos hombres jóvenes, elegantes y distinguidos, las notas apasionadas y voluptuosas de los valses vieneses, hacían correr por sus ardientes venas oleadas de embriagadora voluptuosidad. Sus miradas, a pesar suyo provocativas y audaces, devoraban a los hombres que sentábanse a su alrededor.

Sobre todo uno de ellos, que estaba, con otros dos, sentado en una de las mesas inmediatas, solicitaba poderosamente su atención. Era joven, gallardo y elegante. Un fino bigote rubio sombreaba su labio superior; su tez era sonrosada como la de una mujer y los ojos los tenía azules como un hombre del Norte. Llevaba los cabellos partidos por en medio y muy bien alisados sobre las sienes. Había en todo él un encanto especial, un flúido de sugestión que emanaba de su persona. Desde que la bellísima esposa de don Tomás entró en el comedor, no había dejado de mirarla ni un solo momento, y absorto siempre en su muda y apasionada contemplación, contestaba con aire distraído a las frases que de cuando en cuando le dirigían sus compañeros.

Lola no dejaba tampoco de clavar en su rostro sus ojos ardientes y voluptuosos, que acabaron de abrasarle con sus incendiarias miradas. Y como la chispa amorosa prendía en ella con la misma facilidad que el fuego en la paja, sintió en el acto la tentación loca, irresistible, de besar aquella boca tan bella y de trazos tan puros y correctos.

III

VIEJAS AMIGAS

Terminó la comida y pasaron todos al salón, en forma de *hall* y que ostentaba en uno de sus testeros un magnífico y artístico retrato de la princesa Cecilia, cuyo nombre llevaba el buque. Hábilmente distribuídos, veíanse una porción de mesitas, sillas, butacas y divanes, campeando en el centro un magnífico piano de cola. Como en todos los demás departamentos de abordo, reinaba allí el mayor lujo y magnificencia. Los caballeros lo abandonaron casi inmediatamente para dirigirse al *fumoir*. Unicamente se quedaron en el salón las señoras y los pocos hombres que no fumaban.

Lola no estuvo mucho tiempo sola. Al poco rato acercósela una muchacha alta y delgada, pelinegra y un poco hombruna, que la dijo con gran familiaridad :

—¿Tú aquí, Lola? ¡Qué dichosa casualidad!

Lola la reconoció en seguida por el timbre de voz, que era muy seco y estridente. Sí, no cabía duda ; aquella era Clotilde, una de sus condiscípulas del colegio de las Ursulinas. Pero estaba muy cambiada.

Parecía más alta, más seca y más masculina que nunca...

—¿Vas también a Europa?... Chica, no sé

si ya lo sabes... Yo también me he casado ; y por cierto, bien que me pesa... No hay nada más estúpido, más soso y más aburrido que el matrimonio... Ya te presentaré a mi marido... Es un guapo mozo, eso sí ; pero insignificante y vulgar como todos los maridos... Dime, ¿te acuerdas aún de cuando tú y yo...?



—...¿te acuerdas aún de cuando tú y yo?...

Ambas sonrieron maliciosamente y una chispa lasciva y canallesca relampagueó en sus ojos.

Cogidas del brazo y enfrascadas en plática íntima y familiar, empezaron a pasearse por el espacioso recinto. En pocos minutos hicie-

ron desfilar ante sí todos los recuerdos del pensionado, evocando imágenes y resucitando anécdotas que nada tenían de edificantes.

IV

PRESENTACIONES

En esto entró en el salón don Tomás, acompañado del joven del fino bigote rubio. Lola, al verle, se puso muy encendida. Ambos hombres se dirigieron hacia donde estaba Lola, a quien acababa de dejar su amiga para ir al encuentro de su marido.

La cubana, entonces, pudo ver al joven a su sabor. Era de estatura mediana, pero de cuerpo esbelto y proporcionado. Sus modales eran sueltos y elegantes y vestía con gran esmero y corrección.

—Lola, tengo el gusto de presentarte a don Mauricio Berthier, que va también a París como nosotros.

Berthier inclinóse galantemente y Lola le envolvió en una mirada lánguida y acariciadora, comprendiendo que el joven había buscado deliberadamente aquella presentación.

—Yo les dejo a ustedes. Me voy un rato sobre cubierta—dijo al poco rato don Tomás, después de cambiar unas cuantas frases triviales.

Los dos jóvenes se quedaron solos. Ambos estaban de pie, al lado de una de las bellas columnas que ornaban el salón. Durante unos cuantos segundos permanecieron graves y silenciosos, sin saber cómo empezar la plática.

—¿De modo que vamos a ser compañeros de viaje?—la preguntó Mauricio al cabo de un rato, en correcto español, pero con un leve acento francés.

—Así se desprende de lo que ha dicho mi marido.

—¿Van ustedes a pasar mucho tiempo en París?

—Sí; estaremos una temporada.

—Entonces, me considero doblemente dichoso.

—¿Y usted? ¿Regresará pronto?

—Yo vivo en París. He nacido allí.

Hubo otra breve pausa, que a Lola le pareció interminable.

—¡Qué hermosa es usted!—dijo de pronto Mauricio, con apasionado acento.

El joven habíase inclinado hacia ella como para admirarla mejor. Lola levantó hacia él sus ojos lánguidos y voluptuosos, en los que ardía el fuego de los trópicos, sintiendo que toda la sangre de sus venas afluía a sus mejillas.

¡Qué cerca estaba de sus labios aquella boca de trazos finos y correctos que ella hubiera querido llenar de apasionados besos!

En una naturaleza tan ardiente e impetuosa como la de Lola, la represión de los deseos y de los instintos constituía un sufrimiento intolerable. En aquel momento sufría horriblemente al no poder dar rienda suelta al deseo imperioso que sentía de arrojarse en los brazos de Mauricio y ser poseída por él en un violento espasmo de embriagadora voluptuosidad. ¡Qué coraje le ocasionaba toda aquella gente que estaba a su alrededor! De buena gana habría da-

do la mitad de su vida por quedarse sola con Mauricio.

Por fortuna, en aquel momento volvió a entrar Clotilde en el salón, del brazo de su marido, yendo derechamente hacia el interesante grupo que formaban Lola y Berthier.

—Aquí tienes a mi marido, Lola—dijo Clotilde, con la volubilidad característica en ella y que tan mal se avenía con su aspecto hombruno—; Ramón, esta es la amiga de quien te acabo de hablar, ¿sabes? una antigua condiscípula. Las dos nos queríamos mucho...

Y sonrióse cínica y desvergonzadamente.

La figura de Ramón, el marido de Clotilde, recia, corpulenta, ordinaria y vulgar, a pesar del traje elegante y de irreprochable corte que vestía, contrastaba singularmente con la de Mauricio Berthier, fina y espiritual, de gran gallardía y distinción. La mayor diferencia entre ambos radicaba en las bocas. Así como la de Mauricio, según ya hemos dicho, era una boca ideal, una boca de soñador y poeta, la de Ramón era grande y abultada, de labios carnosos y sensuales, en que se veía la avidez de todos los vicios. La mandíbula del marido de Clotilde avanzaba resueltamente como la de un animal de rapiña. Entre él y Mauricio mediaba un hondo abismo, una barrera infranqueable, levantada por la materia grosera y ruín. Ramón era el macho y Mauricio era el hombre.

Ramón, en seguida que vió a Lola, la desnudó completamente con la mirada. Ella sintió la sensación de verse de pronto sin la menor prenda de ropa ante él y se puso levemente encarnada, mientras que Ramón la devoraba de

pies a cabeza con una mirada de feroz y agresiva lujuria. Comprendió en el acto que aquella mujer admirable era una flor exquisita de pasión y de voluptuosidad.

En cambio, él le fué a Lola profundamente antipático. Aquel hombre tan brutal y tan acometedor la daba asco. Su fatuidad y su arrogancia, sus aires de conquistador irresistible crispábanla los nervios. A las mujeres, aun a las más corrompidas, les gusta ver en el hombre una especie de respetuoso homenaje hacia su debilidad y belleza. Así es que Lola apenas si le hizo caso, redoblando en cambio con Mauricio sus halagos y atenciones.

La conversación entre los cuatro resbaló lánguida y aburrida. Lola permanecía silenciosa durante largos minutos, y Ramón no sabía decir más que sandeces.

Poco a poco empezó a quedarse desierto el salón... La gente iba retirándose a sus departamentos. En seguida compareció don Tomás en busca de su mujer y ambos recogiéronse también en sus alojamientos respectivos.

V

TENTACIÓN

A Lola esperábala en su departamento Julia, su doncella, una muchacha muy linda y pizpereta que había tomado a su servicio en la Habana. Julia desnudóla, y como don Tomás no quería que se quedase sola su mujer en el camarote, la doncella tendióse en el diván que había en la estancia y que estaba colocado enfrente del lecho de su ama...

Pasó un largo espacio de tiempo, que Lola no podía precisar... Ella quería a todo trance dormirse, acallar aquel tumulto ardiente de sensaciones y de ideas que bullía en su cerebro y en sus venas, pero todos sus esfuerzos eran vanos. Su sangre se abrasaba. El pensamiento de Mauricio no se apartaba ni un solo instante de su imaginación. Veíale siempre ante sí, tan gallardo y apuesto, con su bien peinada cabellera, sus ojos azules de ideal y de soñadora expresión, su fino bigote rubio y aquella boca tan bella que hubiera querido llenar de apasionados besos. Imágenes voluptuosas prendíanle fuego a sus sentidos y revolcábase insomne y frenética en su cama como si estuviese sobre un potro de brasas. De cuando en cuando lanzaba hondos y dolientes suspiros. El deseo amoroso, ardiente, irresistible, culebreaba por todas sus venas.

—¿No se siente usted bien, señorita? — le

preguntó de repente Julia, incorporándose inquieta en el diván.

Lola estremecióse al oir cerca de sí aquella voz fresca y juvenil de mujer, tan próxima a su lecho. Era verdad que no estaba sola. Se había olvidado por completo de Julia. Y antiguas memorias de pensionado, ya olvidadas, tornaron a revivir en su cerebro. Y volvía a resucitar en su sangre aquella atracción insana que la impulsaba a buscar en los brazos de sus compañeras de colegio la satisfacción de sus ardientes ansias amorosas. Julia era muy linda, muy limpia y muy bien formada, y de nuevo sintió, con todo su brío y pujanza, el antiguo vicio sáfico, que había quedado oculto en lo más hondo de su ser, como el lino en el lecho de un estanque profundo.

Y con súbito e impetuoso arranque, apartó de sí las ropas para arrojarse ardiente y voluptuosa sobre Julia. Pero de repente se detuvo, cobarde e irresoluta... Hacía poco tiempo que la joven estaba a su servicio... apenas la conocía... no sabía cuáles eran sus inclinaciones ni sus ideas. Si llegaba a rechazarla, ¡qué vergüenza!

—¿Qué le pasa, señora?... ¿Quiere usted tomar algo? ¿Quiere que llame al señor?—preguntó Julia de nuevo, poniéndose de pie y dando la luz.

—No... deja... no es nada... Un ligero mareo... Vísteme en seguida... Quiero subir sobre cubierta a respirar el aire libre; así se me pasará.

Lola estaba sentada en el borde de la cama. Tenía descubiertas las piernas y por el escote de su camisa, que era muy bajo, asomaban los

bellos y redondos senos, como dos palomas acurrucadas.

Julia cogió las finas y caladas medias de seda blanca de su señora y empezó a calzárselas, puesta de rodillas, con gran delicadeza y habi-



Si llegaba a rechazarla, ¡qué vergüenza!

lidad... Su cabeza inclinada llegó a acercarse demasiado a la pelvis de Lola... Esta sintió en ella su tibio aliento y estremecióse como al roce de una quemadura. Los dedos finos y suaves de su doncella, al tocar su fina y sonrosada epi-

dermis, aumentaban más la fiebre abrasadora que la consumía. La tentación continuaba fiera e irresistible. Sentía locos deseos de besar, de morder, de enroscarse a aquel cuerpo joven y hermoso.

—¡Quita de ahí!—la dijo Lola, de repente, con un movimiento rápido y brusco—. Esta noche estás muy torpe; ya me vestiré yo.

Julia púsose de pie, mirándola sorprendida... ¿Qué le pasaba a su señora?

Lola, con las mejillas muy encendidas y los ojos muy brillantes, vistióse apresuradamente. Tenía mucha prisa por salir de allí. Si no, no respondía de sí misma.

Al ir a salir, Julia, tocándole la mejilla suavemente, la dijo muy cariñosa:

—¡Por Dios, señorita, no salga usted al aire! ¡Tiene usted fiebre!

—¡No me toques!—la increpó Lola, airadamente.

Y salió como un vendabal del camarote.

—¿No quiere usted que la acompañe?—apuntó Julia, asomándose a la puerta.

—¡No! ¡Déjame en paz, por todos los santos!

VI

RAMÓN SE APROVECHA

Lola subió a cubierta por la amplia y magnífica escalinata de la cámara.

Transcurría una de esas deliciosas noches tropicales en que la diafanidad del aire, el fulgor esplendoroso de las estrellas y la mágica luz de la luna llenan el alma de una celestial armonía. El mar parecía un espejo de bruñida plata. No se oía más que el ruido manso de las olas al ser batidas por la poderosa hélice del barco. Sobre cubierta reinaba una gran soledad y un hondo silencio.

Lola, cogiendo un sillón de viaje que estaba contra una escotilla, lo desplegó y sentóse en un ángulo formado por ésta y una de las grandes chimeneas del buque.

La frescura de la noche no logró calmar la ardiente fiebre que la consumía. Su frente abrasaba y sentía en las piernas un extraño ardor, como si le subiesen llamas desde las plantas de los pies.

Dilatando las ventanas de las narices, aspiraba con ansia el fresco y salobre aire del mar, sin sentir por eso ni el más ligero alivio.

De pronto, como si hubiese brotado de una de las juntas de las tablas de la cubierta, surgió ante ella la corpulenta y vulgar figura

del marido de Clotilde. Lola sintió una gran alegría al verle. Todo su cuerpo vibraba, deseoso de las caricias del macho.

—¿Qué hace usted aquí tan sola, hermosa Lola?

—Pues ya lo ve usted; estoy tomando el fresco.

—No, no es eso... Permítame usted que la



Lola sintió una gran alegría al verle

contraríe... Apostaría cualquier cosa a que está usted pensando en mí—dijo Ramón en tono de chanza, pero con su fatuidad y fanfarronería habitual.

—En este momento quizás tenga usted razón... — repuso Lola, lanzándole una sonrisa

tentadora y envolviéndolo en una mirada lenta, lánguida y embriagadora.

Ramón sintió estremecerse todo su sexo, desde la planta al cabello.

Retrocedió unos cuantos pasos y miró a su alrededor. De proa a popa no se veía un ser viviente sobre cubierta. Sólo en lo alto, en el puente, paseando de arriba abajo, entreveíase de cuando en cuando la silueta alta y esbelta del oficial de guardia. Los galones de oro y los botones de su uniforme despedían vivos resplandores metálicos al fulgor de la luna. Desde allí no podía ver el rincón en donde estaba sentada Lola; la ocasión no podía ser más propicia.

Ramón acercóse a ella resueltamente, y poniéndose de rodillas, echó el brazo por detrás del talle de Lola, la cual no se defendió, y la besó en la boca lujuriosamente... La lasciva cubana estremecióse de placer y devolvióle el beso con ardor apasionado.

Entonces él, enloquecido por el deseo, con los ojos casi fuera de las órbitas, jadeante como un monstruo, temblándole convulsivamente el labio y la barbilla, despegó su boca de la de Lola, retiró el brazo de su talle, metió la mano por el abierto escote de la ligera bata que llevaba sobre la camisa únicamente y acarició los redondos senos, que, al contacto de sus dedos, irguieron sus rosados vértices como yerguen la cresta los gallos antes de entrar en combate.

Lola, con los ojos brillantes, las mejillas encendidas, la boca entreabierta y dejando caer los mórbidos brazos a lo largo del cuerpo, echó atrás la cabeza, en un desmayo lánguido de amor.

El, entonces, viendo que la hermosa se le abandonaba por completo, apartóle las ropas con audaces y brutales manos y empezó a besarla con salvaje frenesí las pantorrillas, los muslos y la flor encendida y voluptuosa de su sexo ; y embriagado por el aroma de su feminidad, sus labios detuviéronse allí más de la cuenta.

Lola, en el paroxismo de la calentura amorosa, devolvióle con creces sus ardientes caricias, y haciéndole levantar, sus manos blancas buscaron los lugares más secretos de su cuerpo, procurándole mil sabrosas delicias...

Ramón intentó consumar el acto supremo, pero la posición de Lola y la estructura de la silla de viaje en que estaba recostada, hacíalo de todo punto imposible. Volvió, pues, a arrodillarse, y uno de sus dedos hundióse en los pliegues más íntimos y recónditos de su feminidad, buscando con frenética codicia el sitio más sensible, donde reside el placer amoroso.

No pasaron muchos segundos sin que el espasmo del placer venusino sacudiera todo el cuerpo de Lola, que cerró los ojos, y evocando su imagen, figuróse estar en los brazos de Mauricio Berthier.

De pronto sonaron pasos muy cerca, y Lola incorporóse vivamente, diciendo, aterrada, a Ramón :

—¡ Márchese usted, por Dios ! No vaya a ser mi marido.

Ramón desapareció con la misma rapidez con que apareciera ante la presencia de Lola. Parecía mentira que un hombre tan corpulento poseyera tanta ligereza y agilidad.

Lola se volvió a reclinar en la silla de viaje y aparentó que dormía.

No tardó en pasar por delante de ella un marinero con un recio cable sobre los hombros.

Lola, en cuanto hubo desaparecido el marinero, apresuróse a regresar a su camarote. Lo primero que percibió al entrar en él, fué la respiración rítmica y acompasada de Julia, que dormía profundamente, y sin despertarla se desnudó apresuradamente y se metió en su cama.

Sentía una gran laxitud en todos sus miembros y mucha pesadez en el cerebro. No tardó en dormirse con un sueño de plomo.

VII

ENTRE DOS FUEGOS

Al día siguiente, Lola levantóse muy tarde, tanto, que no pudo desayunarse con su marido.

Don Tomás, alarmado por las noticias que de la noche precedente le diera Julia, había estado dos o tres veces a preguntar a la bella Lola cómo seguía, con paternal y cariñosa solicitud. El opulento banquero amaba a su mujer como a una linda muñequita.

Estaban ya a la vista de Nueva York, y el hermoso trasatlántico no tardaría en entrar en el puerto.

Efectivamente, no transcurrieron veinte minutos sin que el «Kromprinzessin Cecilia» anclara en la capitad de los Estados Unidos, donde no estuvo más que una hora, para dejar allí a los pocos pasajeros que llevaba a la gran metrópoli norteamericana y recoger los que debían de ocupar sus puestos vacíos.

Cuando almorzaba el pasaje, el hermoso buque volvió a zarpar con rumbo a Europa.

Lola estaba aquella mañana muy pálida, pero más bella que nunca. Después del almuerzo, que fué explícito y tan animado como de costumbre, la joven subió con su marido a la cubierta superior, en donde a aquella hora solían pa-

searse todos los pasajeros. La banda de abordo tocaba las piezas más escogidas de su brillante repertorio. Los oficiales del barco que no estaban de servicio alternaban galantemente con las damas.

Don Tomás, en cuanto dejó a su mujer con su amiga Clotilde, se fué al café vienés a tomar su aromática taza de moka y a fumarse un delicioso veguero de Vuelta Abajo.

No tardaron en reunirse a ambas, Ramón y Mauricio Berthier.

Aquel día, Lola no parecía fijarse para nada en Ramón que, a pesar del obstinado cerco que la puso, no obtuvo de ella más que monosílabos y frases entrecortadas. Todas sus sonrisas y furtivas miradas se las consagraba la hermosa cubana a Mauricio Berthier, y aprovechando un momento en que los cuatro tuvieron que dividirse para dar paso a otro grupo que venía en sentido contrario, huyendo de Ramón, se puso al lado de Mauricio.

Ramón, entonces, le dirigió al almibarado galán una mirada colérica, que le fué devuelta con igual fiereza. Los dos hombres se profesaron, desde que se vieron, un rencor de muerte. Habían presentido la rivalidad que iba a establecerse entre ambos.

Pero Ramón no era hombre que se dejara arrebatar la presa tan fácilmente, ni se intimidase ante la osadía ni la buena fortuna de un rival favorecido, y aprovechó otra coyuntura favorable para volverse a poner al lado de Lola, de modo que ésta marchaba entre los dos hombres que se disputaban sus favores.

Ambos le gustaban a aquella hembra frívola ; pero si en Ramón amaba la fuerte masculinidad, el arrebato fogoso, el ímpetu y la fiereza, arrastrábala hacia Mauricio una simpatía ardiente e irresistible en que, además de los impulsos de la materia, había no poco de espiritualidad. A Ramón podía unirla, momentáneamente, la carne, pero a Mauricio no era difícil que la ligaran más tarde lazos aun más fuertes.

Ramón no dejó que Lola hablase tranquila ni un solo momento con Mauricio, metiendo a cada paso baza en la conversación y dándola de cuando en cuando un fuerte pellizco, en cuanto ella se extasiaba demasiado mirando a Mauricio. Lola, irritada por tanta grosería y tan obstinada persecución, pretextando que estaba cansada, se separó del grupo y fué a refugiarse en el salón de lectura.

Hallábase éste enteramente desierto, y Lola se puso a hojear una de las revistas extranjeras que había en una de las mesas. No habían transcurrido más que unos segundos cuando Ramón apareció ante ella.

Lola, al verle, hizo ademán de levantarse, pero Ramón, hundiéndole con fiereza las uñas en la carne, la dijo, tuteándola brutalmente :

—No, no te vayas ; tenemos que hablar los dos.

Y la obligó a sentarse de nuevo.

—¿Qué es lo que quiere usted?... ¿Se ha propuesto comprometerme? — exclamó Lola, echando llamas por los ojos.

—Quiero que entiendas que eres mía y que no serás absolutamente de nadie más, porque tu marido, ¡bah!, tu marido no me da cuidado —repuso Ramón, con acento despótico y duro

y clavando en ella una mirada de imperiosa fiereza.

—¡Está usted loco! — arguyó Lola con un desdeñoso movimiento de hombros.

—Tú tienes la culpa... Te advierto que como vuelvas a mirar a ese gabacho barbilindo como lo has hecho hoy, le abofeteo delante de ti.

—Ya se guardará usted bien, ¡cobarde! No es lo mismo amenazar a un hombre que a una mujer... Y váyase ya, porque me está comprometiendo.

—Pero antes prométeme que subirás también esta noche sobre cubierta. Te espero a la misma hora y en el mismo sitio.

—No sé si podré...

—Te advierto que, como no subas, iré a buscarte a tu mismo camarote.

—Y yo le advierto a usted que mi doncella duerme en él y mi marido en el de al lado.

—¡No me importa! Si quieres escándalo, lo habrá.

Lola le miró asombrada.

Aquel hombre le daba miedo. Creíale capaz de todo... Un secreto terror apoderóse de ella y maldijo interiormente la hora de debilidad que había tenido con él... Hubo un breve silencio.

A intervalos, por la ventana entreabierta de la sala, llegaba hasta ellos el rumor de las voces y de los pasos de la gente que estábase paseando sobre cubierta y las notas melodiosas y vibrantes de la banda de abordo.

—¡Váyase usted! — volvió a decirle Lola, angustiosamente—. Esta es la hora en que suele venir aquí mi marido a leer los periódicos.

—Pero, ¿subirás esta noche?

—Sí—afirmó Lola, no porque tuviese semejante propósito, sino para alejarle de allí.

—No olvides que de mí no se burla ninguna mujer.

Y Ramón salió del salón de lectura con el paso grave y majestuoso de un emperador romano.

Lola quedóse un gran rato pensativa, con la cabeza apoyada en la mano. No cabía duda de que por ligereza, por los impulsos irreflexivos y ciegos de aquella impetuosa y ardiente vida de sus sentidos que cegaba siempre la luz de su cerebro, se había metido en una peligrosa aventura, de la cual no sabía salir con decoro y sin escándalo. Si ella no tenía una prudencia exquisita, de un momento a otro estallaría un grave conflicto entre aquellos dos hombres a quienes había hecho rivales de su hermosura. El revuelo que se armaría abordo sería formidable; su marido se enteraría, y esto es lo que ella no admitía de ningún modo. Era preciso obrar con mucha reserva y circunspección.

VIII

EL BAÑO DE LA HERMOSA

La bellísima cubana, hondamente preocupada por la primera vez de su vida, dirigióse apresuradamente a sus habitaciones e hizo que Julia la preparase el baño, que, como buena americana, tomaba diariamente.

Cuando todo estuvo dispuesto, entró en el hermoso cuarto de baño, y despojándose con prontitud de sus ropas, quedóse completamente desnuda.

Lola estúvose contemplando de pie durante largo rato, desde el seno levantado y ebúrneo hasta las rosadas uñas de sus pies. Sentía la adoración de su carne suave, sonrosada y tibia, y a ser hombre, se hubiera enamorado de sí misma.

El cuarto de baño reunía todas las comodidades, el lujo y el confort que hubiera podido ambicionar la princesa más delicada y exigente.

En el fondo alzábase la soberbia pila de mármol blanco y bruñido, provista de su termosifón con relucientes llaves de niquel que brillaban como la plata, y de su ducha de regadera, pendiente del techo; y en uno de los testeros veíanse dos magníficos lavabos, en cuyos frontis, sostenidos por soportes de niquel, estaban las canastillas, del mismo metal, destinadas a

guardar las cepilleras, jaboneras, esponjeras, los frascos de perfumes y esencias y demás enseres indispensables en el tocador de una hermosa. Remataban los lavabos dos límpidos espejos sujetos por grandes clavos de cristal de roca.

Lola, ante uno de estos espejos, soltóse la negrísima y copiosa cabellera que, resbalando por sus blancos y mórbidos hombros como una cascada de ébano, bajó ondulante y flexible en torno de su hermoso cuerpo, fragante y juvenil, hasta llegar a acariciarle las corvas. Era tan espesa y enorme, que podía envolverse en ella como en un manto de terciopelo.

Luego avanzó con su marcha lánguida, ondulante y cadenciosa hacia la pila de mármol. Parecíase a Eva, después del delicioso pecado del Paraíso.

Levantó la pierna soberana, de líneas tan bellas y tan puras, de curvas tan suaves y redondas y metió el sonrosado pie en el agua aromada y tibia. Una sonrisa de placer entreabrió sus labios, que tenían el vivo y encendido matiz de los claveles rojos de Córdoba o Sevilla. Y por último acabó de hundir todo su bello cuerpo, que recordaba los de las náyades y diosas de la leyenda griega, en el líquido transparente, que pareció estremecerse de placer al acariciar sus formas esculturales.

Ni la frescura suave y deleitosa del agua lograba calmar aquella fiebre ardorosa que caldeaba las venas de Lola. Al contrario, casi siempre el baño inflamaba sus sentidos con imágenes sensuales de lujuria y voluptuosidad.

Muellemente reclinada en el agua, con los ojos entornados, apoyando en el borde de la

pila de mármol la mano marfilina, de una belleza insuperable, de largos y afilados dedos, que terminaban casi en punta y cuyas uñas tersas y sonrosadas semejábanse a esas bellas conchas marinas que las olas del Mediterráneo arrojan sobre la fina y húmeda arena de la playa, evocaba con fruición y deleite la imagen apuesta y gentil de Mauricio Berthier, su fino bigote rubio y su boca de trazos tan finos y correctos.

Una ola de sensualidad invadió todo su cuerpo.

Y Lola, como tantas otras veces en que era impotente a reprimir el ardor de sus sentidos, procuróse a sí misma la deliciosa sensación del amor.

Pasados los primeros minutos del lánguido y enervante sopor que sigue al espasmo amoroso, Lola irguióse de pie de improviso, vivamente encolerizada consigo misma. El agua chorreaba a lo largo de su busto divino de Venus Citerea, pareciendo detenerse con deleite en sus pechos redondos, firmes y llenos. Así estuvo durante unos cuantos segundos con expresión de tedio y de disgusto. Aquello la dejaba siempre irritada e insatisfecha. No debía de ceder tan pronto al instinto imperioso de sus sentidos. Y ante todo, érale preciso que Mauricio Berthier cayera cuanto antes en sus brazos. Quizás así calmaríase el secreto ardor que la devoraba desde que le conociera.

¡Mauricio mostrábase tan tímido, tan irresoluto! ¡Quizás le detenía el ser amigo de su marido! Tendría que mostrarse ella más insinuante y sugestiva.

Pero, ¿y aquel demonio que se había interpuesto entre los dos? Aquel hombre la daba realmente miedo.

Para acallar el tumulto interior de su cerebro, Lola abrió la llave de la ducha e hizo descender sobre su cabeza una lluvia fina y menuda que, resbalando por sus hombros, bajó después a todo lo largo de su cuerpo. Así pareció experimentar un momentáneo alivio.

De pronto sonó en sus oídos el timbre eléctrico que llamaba al pasaje al comedor. Era la hora del te.

Entonces Lola saltó del baño, ligera y ágil como una gacela, y oprimió un botón eléctrico que estaba al lado de la puerta.

Inmediatamente entró Julia, y después de secarla bien con la gran toalla rusa de baño y frotádola fuertemente con el cepillo de gamuza, comenzó a peinarla y a vestirla.

IX

TOQUECITOS

Quince minutos después, Lola salía del cuarto de baño más fresca y rozagante que una rosa, oliendo a nardos y a claveles.

Al entrar en el comedor, vió que su marido estaba ya recostado a la mesa, en compañía de Mauricio Berthier.

—Pero, hija mía, ¿en dónde te metes?—la dijo don Tomás en cuanto su mujer se hubo sentado entre ambos—. He invitado al señor Berthier a que se sentara a nuestra mesa y él, muy gustoso, me ha concedido este honor.

Lola le lanzó a Mauricio, al través de sus largas y sedosas pestañas, una mirada ardiente y provocativa, al mismo tiempo que le dirigía una deliciosa sonrisa.

El, turbado, cohibido por la presencia del marido, no se atrevía más que a mirarla de soslayo, y cuando lo hacía de frente, era aprovechando una distracción de don Tomás.

Los dos hombres tomaron te con galletas inglesas, pero Lola, que conceptuábalo como un brevaje asqueroso, bueno sólo para los ingleses, se comió un trozo de piña, saboreando después un exquisito helado de fresa con barquillos... Mientras paladeaba el helado con su fina y menuda lenguecilla, que parecía el pétalo de una rosa, mostróse muy risueña y decidora,

envolviendo a Mauricio por completo en las hábiles redes de su coquetería y seducción.

El, al verse tan cariñosamente alentado por Lola, hízose más insinuante y osado, y más de una vez sus manos al ir a ofrecerla alguna de las golosinas que había sobre la mesa, tropezaron con las suaves y blancas manitas de la cubana. También la lengua de Mauricio parecía haberse soltado, haciendo gala de ese ático ingenio francés que es una de las prendas de la raza.

Y Mauricio era un delicioso *causeur*.

De pronto Lola se estremeció.

Acababa de resonar en el comedor la voz bronca y áspera de Ramón, que siempre hablaba a gritos en todas partes. Aterrada, miró en torno suyo, pero tranquilizóse pronto. Desde allí, no podía distinguírsele, como tampoco él a ellos. Debía de estar sentado en su mesa, que se hallaba situada en un ángulo del comedor, a bastante distancia, y cubierta por las demás mesas que había a su alrededor.

Al levantarse para salir tuvieron que pasar muy cerca de Ramón, que estaba con Clotilde. Esta se sonrió con Lola afectuosamente y Ramón la dirigió una mirada significativa preñada de amenazas.

La comida de las siete transcurrió sin ningún incidente digno de ser relatado.

X

LOLA SE DECIDE

Y llegó la noche, tan temida por Lola.

Esta había decidido no acudir a la cita de Ramón, aun a riesgo de incurrir en sus iras. Estaba deseando llegar a París para verse libre de aquel energúmeno que parecía dispuesto a imponerle su amor por medio de la ferocidad y de la violencia. Se encerraría en sus habitaciones, no saliendo de ellas ni un solo momento.

Así lo hizo. Después de haber ido a buscar a la biblioteca una novela de Anatole France, encerróse en su departamento.

El calor, que había sido extremado en todo el día, redobló su violencia llegada la noche... La escasa brisa reinante cayó de golpe en cuanto se hubo puesto el sol, y respirábase una atmósfera de fuego en todo el vapor. El fresco ficticio de los ventiladores que había en todas las cámaras, pasillos y dependencias del buque, eran impotentes para luchar contra aquella ola de fuego que lo invadía todo.

Lola, que estaba leyendo, sintió como si se abrasara... A pesar de hacer ya mucho tiempo que tenía los ojos clavados en el libro, no hubiera podido dar cuenta clara y precisa de lo que acababa de leer... A cada paso su pensamiento volaba muy lejos de las páginas, flotando ante ella sucesivamente las figuras de Mau-

ricio y de Ramón, o las dos mezcladas a un mismo tiempo.

Acabó por dejar el libro y levantóse enervada y nerviosa... La resolución inquebrantable que había tomado de no subir sobre cubierta, empezó a flaquear en su espíritu.



Acabó por dejar el libro y levantóse enervada y nerviosa ..

De nuevo, acometióla con más fuerza el temor de irritar a aquel hombre, a aquel bruto que era capaz de todo... No tendría más remedio que subir para evitar un escándalo... Además, se ahogaba en su departamento... Incitábanla también a quebrantar su propósito, aun cuando ella no quisiese confesárselo, el recuerdo de los deleites de la noche anterior y el

afán de volver a gozar de nuevo de las caricias del varón.

Y subió por fin.

XI

AMORES DE COLEGIO

Grande fué su sorpresa al ver que la cubierta estaba tan frecuentada como si hubiera sido de día. El calor había echado a casi todos los pasajeros de sus habitaciones, de la cámara, del café vienés, del *fumoir*, del salón de lectura; en una palabra, de todas las dependencias del buque.

Los hombres paseábanse fumando, y las señoras, indolentemente tumbadas en sus sillones de viaje, parecían una bandada de palomas torcaces, sorprendidas y semiasfixiadas por el calor.

Lola se alegró y lo sintió a un mismo tiempo.

Allí estaba también Ramón, que, al verla, hizo un gesto de contrariedad y disgusto, y Clotilde, que, al pasar Lola junto al sillón en que estaba reclinada, incorporóse vivamente, y atrayéndola hacia sí, la dijo con voz cálida y cariñosa, mientras la rodeaba el cuello con un brazo:

—Nunca se te ve, Lolita. Parece que andas huyendo de la gente.

Y Lola vió brillar en sus ojos aquel extraño fuego que tantas veces viera fulgurar en ellos, cuando en el colegio, una en brazos de otra, se entregaban a sus ilícitos transportes amorosos.

—Oye, ¿quieres que demos un paseo?—dijo

Clotilde, poniéndose de pie y cogiéndose de su brazo.

—Sí, Clotilde; con mucho gusto.

Las dos mujeres echaron a andar hacia proa, seguidas muy de cerca por las miradas furiosas y brutales de Ramón...

Clotilde empezó a evocar en seguida imágenes y recuerdos del tiempo pasado.

—¡Si vieras, Lola, cuánto me acuerdo de aquellos días tan bellos y tan dichosos que pasamos juntas en el colegio...! ¿Te acuerdas de lo pronto que llegamos a querernos las dos...? No podíamos vivir la una sin la otra... Pero luego nos separamos para casarnos... ¡Ay, Lola! ¡Si vieras qué asco me dan todos los hombres! ¿Te acuerdas de los ratos tan deliciosos que hemos pasado...? Yo nunca he sido tan feliz como entonces... ¡Y qué guapa estás, Lola! ¡Nunca te he visto tan linda como ahora!

Y Clotilde se la comía con los ojos, apretábala el brazo, ceñíase, pegábase a ella amorosamente.

—Oye, querida—la dijo de improviso, clavando en ella sus ojos ardientes y sensuales, en los que volvía a arder aquel extraño fuego que tanto conocía Lola—; ¿no quieres venir un rato a mi cuarto?

—No, Clotilde... otro día... ahora no puede ser.

—Anda, monina... ven...—insistió Clotilde, ciñéndola el talle, con voz suplicante y zalamera y sin apartar sus ojos de los de su amiga—. No te arrepentirás... volveremos a recordar nuestros buenos tiempos pasados... Anda, no me digas que no...

Lola vacilaba. Comenzaba a sentir el vértigo de los amores anormales, cuyo virus ponzoñoso había quedado depositado en sus entrañas, desde su estancia en el colegio de las Ursulinas.

Iba ya quizás a ceder, cuando de pronto la voz dura e imperiosa de Ramón sonó a sus espaldas.

—Pero, Clotilde, ¿es que no piensas irte a dormir esta noche?

Ambas mujeres estremeciéronse a un mismo tiempo. Las dos eran esclavas de aquel abominable déspota, y las dos le miraron con temor y odio.

—No es hora ya de que esté sobre cubierta ninguna señora decente. Conque, hazme el favor de retirarte.

—¡Pero si hace tanto calor...!

—No importa.

Clotilde, vacilante, miró a Lola.

—Sí, Clotilde, vete a dormir—dijo ella, bajo el imperio de la mirada de Ramón—. Tiene razón tu marido. Yo también voy a retirarme ahora mismo. Ya seguiremos hablando mañana.

Clotilde, al despedirse de Lola, la dió dos o tres besos impetuosos, que la dejaron ardiendo la mejilla.

—Date prisa—continuó diciendo Ramón—. Ya no queda aquí ninguna señora.

Efectivamente, las damas, rendidas por el sueño, se habían retirado a sus cámaras, imitándolas la mayor parte de los caballeros. Sólo unos cuantos rezagados paseábanse todavía, o dormitaban tumbados en sus sillones.

Transcurrían los cuartos de hora con lentitud desesperante, y ninguno de ellos se mar-

chaba ni se movía. Llevaban trazas de pasarse allí toda la noche. Ramón rugía en torno de Lola como tigre en celo que no puede acercarse a la hembra.

Acometido de una idea repentina, recorrió el café vienés, el salón, el *fumoir* y la biblioteca, y en todas partes había alguien ; cuando no, un camarero adormilado, que estaba de servicio.

Lola no podía permanecer allí por más tiempo decentemente. Por aquella noche, tenían que renunciar a su propósito. El buque no ofrecíales ningún sitio propicio para sus brutales transportes de lascivia y lujuria.

Y lo propio pasó en las noches sucesivas.

Ramón estuvo a punto de echar abajo la puerta del departamento de Lola. Enloquecía de lujuria y de deseo.

XII

A FALTA DE PAN...

La noche de la víspera de la llegada a Cherburgo había sido tan calurosa y asfixiante como las anteriores.

Lola, que, como siempre, acostóse pensando en Mauricio Berthier, dormía profundamente. La campana de abordo acababa de marcar las tres de la mañana, cuando la hermosa americana despertóse de improviso, acometida de la misma insana fiebre que la empujara noches atrás a buscar en los brazos de Julia el goce de las caricias anormales...

Pero, así como entonces supo resistir valerosamente, aquella noche sentíase más débil, más propicia a dejarse seducir y sobornar por el bello demonio de la tentación, que susurraba a su oído inflamadas frases. Además, aquel otro demonio de Clotilde había vuelto a verter en todo su ser la letal ponzoña del amor sáfico, haciendo retoñar en ella inclinaciones morbosas mal dormidas.

Lola incorporóse en la cama.

Latíale violentamente el corazón y le zumbaban los oídos.

Llegaba hasta ella, como una tentación más, el suave ritmo de la cadenciosa respiración de Julia.

Lola, entonces, apartando de sí las ropas de la cama, deslizóse sigilosamente al suelo como si fuera a cometer un crimen.

Un profundo silencio reinaba en todo el barco. No se oía más que la trepidación acompasada y regular de la máquina y el rumor de las olas batidas por la hélice.

Lola avanzó lenta y cautelosamente hasta una mesita en donde había una lámpara eléctrica y dió luz, que se esparció discreta y suave por la estancia, velada por la gran pantalla de seda roja.

Julia, la doncella, que en el sueño había apartado la sábana que la cubría, a causa del excesivo calor, tenía descubiertos los bellos muslos, bajo la arremangada camisa, y parte del seno, que dejaba libre el amplio escote de la misma. Su carne, firme y suave, tenía la blancura de la nieve recién caída.

Lola quedóse como extasiada ante la belleza de aquel cuerpo juvenil, y arrodillándose ante ella, la dió un ardiente beso en la boca, acariciando a la vez con sus manos el sexo de la doncella.

Julia estremecióse de pies a cabeza y separó los muslos.

Lola, entonces, hundió la cabeza entre sus piernas y la dió un beso prolongado, frenético, delirante, que al mismo tiempo que una caricia, era un mordisco.

Esto hizo que Julia se despertase sobresaltada y atónita, llenos todos sus sentidos de una extraña y ardiente perturbación. Incorporóse en seguida en el diván, y al ver a su señora tan cerca de ella, casi desnuda, con los ojos tan

brillantes y las mejillas tan encendidas, se la quedó mirando, asombrada y confusa.

¿Qué significaba aquello? ¿La habría vuelto a dar la fiebre a su señorita?

—Señorita, ¿qué le pasa? ¿Está usted enferma?—preguntó.

—Sí, Julia—dijo Lola, arrodillándose a su lado y echándole los brazos al cuello—, estoy enferma... muy enferma, pero es de amor y tú tienes la culpa...

—¿Yo, señorita?—preguntó Julia, cada vez más asombrada y atónita, pero sintiendo que por todas sus venas empezaba a circular un fuego extraño y misterioso—. Yo no le he hecho a usted nada malo.

—No, tontina; si no es eso... Tú cállate y déjame a mí... Anda, dame un beso en la boca... bésame... ¡bésame, bonita mía!

Julia la besó apasionadamente en la boca, como Lola quería que hiciera, sintiendo entonces una extrañísima sensación de placer.

—¿Me quieres mucho?—le preguntó Lola, acariciándole sus senos redondos y turgentes.

—Mucho, señorita.

—No me llames señorita, sino Lola. Anda, déjame acostar contigo.

—Pero, ¿qué va usted a hacer?

—No tengas miedo, monina... No voy a causarte ningún mal... Por el contrario... ¡Anda!... ¡Verás!

Lola hundió su blanca y rosada rodilla en el diván, y Julia apartóse dócilmente para que su señorita pudiera tenderse a su lado.

Entonces Lola, con hábil y rápido movimiento, se echó sobre Julia, y metiendo una de las piernas entre las suyas, formó lo que los

técnicos en esta especie de escabrosas materias llaman «las aspas del molino».

... ...

Minutos después, y gracias a las indicaciones de Lola, las dos se movían rítmicamente, con el movimiento característico de la cópula de amor.

Y no transcurrieron muchos segundos sin que los espasmos del placer carnal estremecieran vivamente aquellos dos bellos cuerpos de mujer, estrechamente enlazados, y que ofrecían a los ojos el exquisito regalo de sus adorables curvas y de sus divinas redondeces.

Si el Amor hubiese entrado en aquel momento en el lujoso camarote, no habría sabido cuál elegir de entre ambas.

XIII

UNO MENOS Y UNA MÁS

A la mañana siguiente llegaron a Cherburgo, y en la enorme confusión y algarabía que se produjeron sobre la cubierta del hermoso trasatlántico entre los pasajeros que tenían prisa por desembarcar y los parientes y amigos que subieron a recibirlos, Ramón, a pesar de su extremada vigilancia y de su inquieta y ardiente atención, perdió por completo de vista a don Tomás y a Lola ; pero se consoló pensando que puesto que él también iba a París, los encontrarían en la estación, adonde se dirigieron inmediatamente para tomar el tren que debía conducirles a la Ville-Lumière.

Pero no fué así.

Lola, con el propósito de que Ramón perdiera su pista en absoluto, le propuso a su marido quedarse a descansar aquel día en Cherburgo, y salir a la mañana siguiente para París, no en tren, sino en automóvil. Era un capricho que tenía.

A Mauricio Berthier, que iba con ellos, le pareció magnífica la idea de Lola, y don Tomás, que no gozaba más que satisfaciendo los caprichos de su mujercita, accedió a ello en seguida, sonriendo placenteramente.

Quedáronse, pues, en Cherburgo, mientras el marido de Clotilde, en el andén de la esta-

ción, dábase a todos los diablos, no acertando a explicarse de ningún modo la súbita desaparición de Lola.

Allí estaban todos los pasajeros del buque que se dirigían a París, menos Mauricio Berthier.

El demonio de los celos mordió en el alma a Ramón, el cual, por su gusto, hubiérase quedado en Cherburgo a descifrar la clave de aquel misterio, si en el momento no hubiera salido el tren, llamándole a toda prisa Clotilde, que estaba ya cómodamente instalada en su departamento.

Cherburgo, que es un puerto militar del Canal de la Mancha, tiene muy poco que ver, y Lola se habría aburrido de lo lindo a no estar enfrascada en un perpetuo idilio con Berthier, a quien por todos los medios intentaba sacar de sus casillas. Quizás así saliera de aquella mansa pasividad amorosa que tanto la disgustaba. Don Tomás, sin enterarse para nada de los manejos de su mujer, gozaba al verla tan risueña y contenta.

No era únicamente Ramón el que estaba celoso de Mauricio.

También Julia le lanzaba feroces miradas de rencor y de odio al ver a Lola tan entusiasmada con él. Varias veces tropezóse Lola con los hermosos ojos de su doncella, cargados de tristeza y de reconvenciones, pero estaba demasiado absorta en su amor por Mauricio para parar mientes en ello.

Al día siguiente, muy temprano, salieron para París, en un magnífico automóvil de alquiler.

Julia iba en la delantera, al lado del chófer. Estaba muy pálida y sus hermosos ojos grises lanzaban vivos relámpagos de fiereza y de pasión. A cada momento volvía la vista hacia atrás, y al ver a Lola tan cerca de Mauricio, mordíase los labios hasta hacerse sangre, y hundíase las uñas en el pecho con salvaje furor. Hubo momentos en que su dolor y su desesperación alcanzaron tal magnitud, que estuvo por arrojarse delante del automóvil para que éste la hiciera pedazos.

XIV

ESPERA ANGUSTIOSA

El vehículo llevaba una marcha vertiginosa y en muy poco tiempo pusiéronse en París.

Allí fué donde, por vez primera, después de tantas horas de angustia, respiró Julia, al ver que se separaba de ellos Mauricio Berthier para dirigirse a su *garçonniere*, que estaba situada en la bella y aristocrática avenida de Wagram.

Don Tomás y Lola hospedáronse en el Hotel Bristol, teniendo que ocupar las habitaciones del último piso, por estar llenas todas las demás...

Lola estaba más contenta que una chiquilla, por hallarse en París, la villa dorada y luminosa de sus ilusiones y ensueños de niña y de adolescente.

Con infantil alborozo recorrió las suntuosas habitaciones del departamento principesco que habían tomado y que se componía de un salón, un comedor particular, tres dormitorios y dos cuartos de baño.

Lola, después de bañarse, no solamente porque era en ella una inveterada costumbre de todos los días, sino para quitarse el polvo del camino, salió al comedor, donde les esperaba un delicado y exquisito almuerzo.

Julia, vestida de negro, graciosa y gentil, ayudaba a los camareros a servir a la mesa a sus señores.

Lola estaba más alegre y decidora que nunca, y almorzó con gran apetito. Aquella noche, Mauricio estaba invitado a comer con ellos, y después iríanse los tres juntos a algún teatro o a cualquiera de las numerosas atracciones que existen en París. Sólo esta idea llenábala de un júbilo loco...

¡Qué lenta, qué larga deslizóse la tarde para Lola, esperando el momento dichoso de volver a ver a Mauricio!

Por más que don Tomás le propuso ir a dar un paseo en automóvil al Bosque de Bolonia, no quiso moverse del hotel, pues Mauricio la había prometido ir lo más pronto posible.

Julia, que notó aquella impaciencia, y que sabía el motivo de la misma, echaba llamas por los ojos; en poco tiempo rompió dos o tres cachivaches de porcelana que transportaba de los baúles al tocador de Lola.

—Pero, ¿qué demonios le pasa a esa muchacha?—objetó don Tomás, sorprendido—. Ella que ha sido siempre tan cuidadosa, tan hábil, desde que hemos llegado no sabe lo que se pesca.

—Déjala; es que aun está mareada del viaje —dijo Lola, sonriendo maliciosamente.

Las cinco tocaron en el reloj del hotel y Mauricio no daba señales de vida. ¿Sería capaz de no acudir? ¿No volvería a verle más?

Lola, llena de febril ansiedad, se asomó al balcón.

La tarde, no obstante estar a principios de Julio, era de una tibieza primaveral. La plaza

de Vêndome, que tiene el severo e imponente aspecto de una fortaleza, veíase llena de bullicio y animación. Numerosos coches y automóviles, camino de los Campos Elíseos y del *bois de Boulogne*, desfilaban en torno de la gloriosa columna, en cuya cúspide se yergue, majestuoso y augusto, el conquistador audaz que con sus espuelas de oro desgarró el mapa de Europa.

Lola admiró extasiada aquel grandioso espectáculo. A cada paso desembocaban en la ancha plaza, procedentes de la calle de la Paix, tropeles de hombres y mujeres, pero entre ellos no resaltaba la silueta elegante y distinguida de Mauricio Berthier...

XV

CAMINO DE LA SACIEDAD

Transcurrió una hora más. La comida era a las siete.

La espaciosa plaza, en aquellos momentos, estaba casi desierta. La ansiedad de Lola había llegado a su grado máximo. Latíanle violentamente las arterias en las sienes y tenía la boca amarga y seca. No, ya no vendría. Sus amores con ella no habían sido más que una frívola aventura de viaje, un galanteo sin importancia.

Iba ya a meterse dentro, despechada y colérica, cuando de pronto desembocó en la plaza, a toda prisa, un lujoso automóvil que se detuvo delante del hotel. Lola, con el alma en los ojos, echó todo el busto fuera de la barandilla...

Mauricio Berthier acaba de apearse de él.

Lola metióse dentro precipitadamente.

Antes de salir a recibir a Mauricio, como era su intento, fué a ver lo que hacían su marido y Julia.

Don Tomás, en su dormitorio, escribíale a su administrador y Julia andaba muy atareada trasegando sus trajes desde los baúles al gran armario de luna de su alcoba... Ya enteramente tranquila, corrió al encuentro de Mauricio.

Este, en el vestíbulo, entregó su tarjeta a un criado, el cual subió en seguida a anunciarlo.

El pequeño recibimiento que precedía al sa-



—¡Cuánto has tardado, vida mía! ¡Creí que no iba a volverte a ver!

lón estaba envuelto en una semiobscuridad. A la derecha de la salita, y muy cerca de la puerta, veíase un biombo japonés, que estaba allí para ocultar la chimenea.

En cuanto Mauricio entró, Lola echósele al cuello, dándole un beso apasionado y frenético

en la boca, y arrastrándole con acometividad masculina detrás del biombo, le dijo con aquella voz cálida, sensual y apasionada, que resonaba en lo más hondo del sexo del varón como una caricia erótica :

—¡Cuánto has tardado, vida mía! Creí que no iba a volverte a ver!

Y tornó a echarle los brazos al cuello, pegando otra vez su boca calenturienta a la de Mauricio.

Y allí, de pie, detrás del biombo, repuesto apenas de aquellas brutales acometidas, fué cuando Berthier gozó por la vez primera a Lola, ebrio con el aroma de su feminidad.

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

TERCERA SERIE

I.—El recomendado
II.—De buena boca
III.—Luna de miel
IV.—De institutriz a cortesana
V.—Inconvenientes del amor
VI.—Mi vecinita y yo
VII.—Posadas y posaderas

EN PRENSA

LA NIÑA PRECOZ

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas. ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona